

Hijos de un mismo Dios

Biografía de Myriam Hannah Youssef Yaacoub

Escrita por Manuela de Lacalle García

Un proyecto que une generaciones

El libro que tienes entre tus manos forma parte de la tercera edición del proyecto Tu Historia De Verdad Importa, una iniciativa que nace impulsada por Fundación Lo Que de Verdad Importa junto con Fundación SM y Fundación Gondra Barandiarán, y al que este año se ha unido la Fundación María José Jove.

Este proyecto se hizo realidad en el año 2017, con la publicación de diez biografías que rescataban elementos ordinarios y extraordinarios de la vida cotidiana de nuestros mayores con el fin de inmortalizar su legado. En 2018 hubo una segunda edición de treinta y cinco biografías, y este año publicaremos cincuenta y cinco. Esperamos que en los próximos años el proyecto pueda seguir creciendo.

Sin embargo, este libro es sólo el final de un proceso largo y enriquecedor, en el que cada narrador voluntario se ha reunido periódicamente con un protagonista, también voluntario, que ha manifestado su deseo de compartir su historia.

Aunque la publicación de estas biografías tiene como objetivo dignificar la figura de nuestros mayores

y resaltar su carácter protagonista y su huella en nuestra sociedad, no podemos dejar de recalcar la importancia que este proceso de acompañamiento mutuo ha tenido para mayores y voluntarios, así como para sus familias, según lo han manifestado todas las personas participantes en el proyecto.

Desde aquí queremos dar las gracias a nuestros narradores y protagonistas, que han hecho posible la publicación de este libro donando su tiempo, esfuerzo y cariño. También a las residencias de mayores que tanto han facilitado la labor de las personas voluntarias, así como a todos los familiares y amigos que han participado en la iniciativa de un modo u otro. Por eso, cuando leas este libro, te invitamos a celebrar, como lo hemos hecho nosotros, el precioso y desinteresado trabajo de todas las personas que hay detrás del mismo. Esperamos que este sea sólo el comienzo de un proyecto mucho mayor, que nos permita compartir tantos testimonios que forman parte de la Historia de nuestro país y que sin ninguna duda merecen ser contados.

Fundación Lo Que de Verdad Importa

Tu Historia De Verdad Importa

Los que no tenemos la suerte de tener padres o abuelos a nuestro lado sabemos mejor que nadie la increíble riqueza que representan.

Son portadores de nuestra propia historia y están llenos de anécdotas que deberíamos guardar, como si del máspreciado tesoro se tratara.

Si pudiera, sería feliz pasando horas a su lado, aprendiendo de su experiencia, conociendo sus sueños, sus miedos...

Hay tanto que quedó por decir...

Tantas preguntas que me gustaría hacer...

Por eso nace este proyecto.

Porque su historia, la historia de nuestros mayores, de verdad importa.

Merece ser contada y escuchada.

Cada uno de los libros de esta colección rinde homenaje a estas increíbles personas, **PROTAGONISTAS** absolutos de la historia de sus vidas.

Gracias a todos los **NARRADORES** que han trabajado y disfrutado a su lado.

Gracias a nuestros compañeros de viaje, Fundación SM y Fundación Gondra Barandiarán, que han vivido con el mismo entusiasmo e ilusión este proyecto.

Si este libro sirve para que su protagonista pueda recurrir a él cada vez que quiera revivir la aventura de su vida, o para que su familia y amigos descubran entre sus páginas algo que no conocían, habremos cumplido nuestro objetivo.

María Franco

Directora

Fundación Lo Que de Verdad Importa

Cada persona es una historia viva que construye nuestra historia

«Cada persona es una historia sagrada». Así se expresaba hace algún tiempo el oficial de marina y humanista canadiense Jean Vanier. Cada persona, joven o anciana, rica o pobre, cristiana o musulmana, esconde bajo su apariencia externa el tesoro de su vida, de sus raíces, de las circunstancias que la han ido moldeando y conduciendo a lo largo de su trayectoria vital. Puede ser una historia de pequeños o grandes éxitos, con más o menos dificultades. Pero siempre será una historia única, genuina, que debe inspirarnos el más profundo respeto y que debería ser una de las claves fundamentales, a mi modo de ver, de nuestra relación cotidiana con «los otros».

Esta idea de fondo es la que ha inspirado de alguna manera el proyecto Tu Historia De Verdad Importa, y en él la Fundación SM quiere comprometerse para ayudar a descubrir las ricas historias que ocultan nuestros mayores, a veces tristemente olvidados en las familias o entre las silenciosas paredes de los centros asistenciales. Cada persona es una historia que vale la pena descubrir y realzar. Y a ello se han dedicado durante un tiempo

cincuenta y cinco voluntarios aquí convertidos en autores. Este libro refleja, pues, la experiencia de encuentro de dos generaciones y el descubrimiento por parte de los más jóvenes de ese mundo interior, de la riqueza de una vida entregada a unos ideales, del compromiso asumido y de los sueños abandonados en la vida de sus mayores. Esta experiencia, para la que se han preparado con convicción, los ha puesto en contacto con dimensiones de la vida desconocidas, que quizás todavía no han tenido la oportunidad de vivir. Les ha abierto los ojos al reconocimiento de la vida vivida en otras carnes, en otras historias, ricas, emocionantes, auténticamente humanas.

Me siento orgulloso de presentar aquí esta publicación basada en el RECONOCIMIENTO sincero y profundo. Recoge este itinerario vital que espero llegue a muchos corazones y despierte muchas sensibilidades hacia la riqueza de la experiencia de vida de cada ser humano, de nuestros mayores. Ellos son nuestras raíces, el origen de nuestra historia, de nuestro presente. Desde lo que ellos nos transmitieron y de ellos aprendimos, construiremos nuestro futuro. Gracias a la Vida.

Javier Palop Sancho

Director de la Fundación SM

Hijos de un mismo Dios

Biografía de Myriam Hannah Youssef Yaacoub

Escrita por Manuela de Lacalle García

«Cuando la mente de los hombres te parezca estrecha,
piensa que la tierra de Dios es ancha y anchos
Sus manos y Su corazón.
No vaciles nunca en alejarte allende todos los mares,
allende todas las fronteras,
todas las patrias, todas las creencias»,

Amin Maalouf, *León, el Africano*



Mapa actual de Líbano, los Territorios Palestinos (Cisjordania y Gaza) e Israel. En rojo, los escenarios de la biografía de Myriam.

Introducción

El día en que conocí a Myriam, ella cantaba a viva voz *La Vie en Rose*, de Edith Piaf, en su perfecto francés. Estaba de pie, en el pasillo, rodeada de jóvenes voluntarios, palestinos y extranjeros, que se encontraban de visita en la residencia para mayores de la ciudad de Belén, donde ha querido pasar los años que le quedan de vida, a pesar de que aún cuenta con una energía y unas ganas de vivir que muchos envidiarían. Aquella primera impresión, aunque yo no lo sabía, me revelaba muchísimo sobre su carácter jovial y su amor por los encuentros e intercambios con jóvenes y mayores de todas las culturas.

En otra ocasión, Myriam se ofreció a acompañarme, a pie, desde la residencia hasta el convento de las hermanas de Emmanuel, donde iba a pasar unos días, para que yo pudiera localizar el lugar y que pudiéramos estar comunicadas en ese tiempo. Durante el trayecto, de apenas diez minutos, debimos cruzarnos con al menos media docena de personas, de todas las edades y que profesaban diferentes religiones, que se paraban a saludarla cariñosamente. Siendo la religión un símbolo

identitario de gran importancia en Palestina, después de cruzar unas amables palabras con cada uno de ellos, Myriam me daba unas pinceladas sobre quién era cada persona: «Youssef es padre de tres hijos y es musulmán...» o «Jalil es panadero y es cristiano...». Al margen de su edad y de sus creencias, se trataba invariablemente de alguien maravilloso a quien ella quería muchísimo.

A la protagonista de esta biografía nada le desagradaba más que hablar de política –de la que afirma «no saber nada» y en la que no está, en absoluto, interesada–, si bien le ha tocado ser testigo de uno de los conflictos más complejos y duraderos de la historia actual, al haber nacido en una de las zonas más calientes del mundo.

Myriam traspasa las barreras –literales y figuradas– que la sociedad actual ha impuesto entre palestinos de diferentes credos y entre estos y sus vecinos israelíes. Prefiere centrarse en amar a las personas por lo que tienen de similares entre sí, obviando las diferencias que las separan y que para ella no son más que superficialidades. O dicho en sus propias palabras: «Todos somos hijos de Dios y somos iguales ante Él a pesar de nuestras diferencias, al igual que los dedos de nuestra mano son todos iguales y al mismo tiempo son diferentes entre sí».

Su historia es, no obstante, difícil de comprender sin enmarcarla, aun de puntillas, dentro de su contexto his-

tórico. A ella, efectivamente, le disgusta profundamente hablar de un conflicto que, a sus ojos, no ha influido en su trayectoria personal. Sin embargo, resulta evidente que todos los lugares, personas y anécdotas que se mencionan en su biografía están, de un modo u otro, teñidos de una realidad a muchas luces desconocida para aquellos que tenemos la fortuna de leer sobre ellos desde rincones privilegiados del mundo.

Myriam nace en Palestina, pero pasa su infancia y adolescencia en Líbano. Crecer allí como «extranjera» marcaría una gran diferencia en su manera de desarrollarse y relacionarse con su entorno. Durante los años que pasó fuera de su tierra natal, el país se dividió después de la guerra árabe-israelí. Esto se tradujo en un flujo migratorio sin precedentes de palestinos que cruzaron las fronteras con Jordania, Siria y Líbano en busca de refugio, y en los consecuentes movimientos sociales de simpatía y también de rechazo en los países receptores, de los cuales una jovencísima Myriam sería testigo excepcional a muy temprana edad.

Volvió a su lugar de origen a la edad de veintiún años. Pasaría casi el resto de su vida en Belén, una pequeña ciudad palestina. Su población –unas 25.000 personas– es mayoritariamente musulmana, pero convive con importantes comunidades cristianas. Desde el año 2002,

Belén y todo el territorio de Cisjordania se encuentran separados de Jerusalén y el resto de Israel por un muro de hormigón de ocho metros de alto, que contiene a la población árabe de Palestina, manteniéndola aislada del mundo con el fin de prevenir el terrorismo.

El hogar donde vive Myriam en la actualidad –donde realizamos las entrevistas para dar forma a esta biografía– está situado precisamente en una zona muy cercana al denominado «muro de la separación» por los palestinos, un muro lleno de grafitis, imágenes y reivindicaciones de libertad. Una de estas imágenes es la «Virgen del Muro», retratada en 2010 por el iconógrafo Ian Knowles, que simboliza la esperanza de que, algún día, este muro caiga. Myriam reza cada semana un rosario por la paz ante esta imagen, acompañada por los religiosos y voluntarios que han sido y son una parte fundamental de su vida.

A pesar de vivir en pleno centro de este decorado, en un país que no existe y con un gigantesco muro como telón de fondo, su mensaje, alto y claro, es uno de amor hacia sus hermanos israelíes. Por mucho que se intente sonsacar a Myriam el resquicio de algún sentimiento tan humano como el resentimiento ante una vida marcada por la injusticia, la respuesta será, invariablemente, su

firme creencia en el perdón y la hermandad de los seres humanos.

A esta pequeña mujer con energía inagotable solo hay algo que la saca de sus casillas, y es el racismo y el hecho de que algunos sectores de la opinión pública acusen a árabes y palestinos de ser, de manera generalizada, terroristas, y esto hasta el punto en que nos pidió que, en lugar de publicar su biografía en árabe, lo hiciéramos en español, solo con el fin de compartir su historia y proclamar, a través de ella, la igualdad entre todas las personas. Compartir este sentimiento de vulnerabilidad e incomprensión con todos los que estuvieran interesados en rozarlo con sus propias manos fue lo único que le hizo estar abierta a narrar su historia. Su biografía, por tanto, pretende destacar el drama humanitario y la exclusión a la que, durante décadas, su pueblo ha estado expuesto.

Espero haber hecho justicia a la increíble historia de Myriam y compartir con quien quiera leerla ese sentimiento de amor y hermanamiento que multiplica por infinito su valor en su durísimo contexto.

Manuela Lacalle

Capítulo I

Por qué comparto la historia de mi vida

«Nací en un planeta, no en un país»,

Amin Maalouf, *Los desorientados*

Belén, Palestina, 10 de agosto de 2018

Las mañanas suelen ser relajadas en la residencia donde vivo, el hogar para mayores de la Sociedad Antoniana¹ en Belén. Era un verano misericordioso en Palestina. El sol, que calentaba sin abrasar, inundaba el amplio y largo pasillo que da entrada a nuestro hogar. A ambos lados, en los sofás y las sillas de plástico, descansaban mis compañeras de viaje, en su mayoría mujeres de muy avanzada edad. Algunas hablaban o cantaban, entre ellas o con los voluntarios, jóvenes locales y también de otros países que vienen periódicamente a visitarnos.

¹ El Elderly Home de la Sociedad Antoniana, apoyado por los franciscanos de Tierra Santa, acoge a mayores dependientes con recursos limitados en la ciudad de Belén, en Cisjordania.

Te acercaste por el pasillo con Pepe, a quien conocía bien. Tu cara me resultó familiar y me explicaste que habíamos coincidido la semana anterior, aquella tarde en que disfrutamos tanto, cantando y bailando con los voluntarios –¡cómo me gusta cantar y bailar!–. Doy gracias a la vida, que me permite disfrutar de estas alegrías, seguir conociendo a jóvenes palestinos y de todo el mundo que pasan temporadas entre nosotros; poder intercambiar vivencias con personas de diferentes generaciones y culturas.

Gracias a mi gran amigo Georges, estoy hoy aquí. Él se aseguró de que no me faltara nada en esta etapa final de mi vida.

Nirma se acercó, buscando conversación. Sin duda debe aburrirse entre tanta gente mayor, y acude acelerada cada vez que vienen voluntarios jóvenes. A veces me pone nerviosa y pierdo la paciencia, pero qué culpa tendrá ella. Mi carácter siempre me ha jugado malas pasadas, y aún hoy en día no ha dejado lugar a una pereza más complaciente. Pero a estas alturas ya me conozco bien: igual que soy rápida metiendo la pata, soy rápida pidiendo perdón.

Buscando algo más de intimidad, salimos al gran patio de entrada y nos sentamos en los bancos de madera. Intuí, por vuestro recibimiento, que teníais algo inusual

que contarme. Pepe me hablaba en italiano –¡qué idioma tan elegante!–. El único amor que tuve en mi vida me lo dejó en herencia simbólica. Hoy en día me permite comunicarme con vosotros y tantos otros.

Tú, en cambio, me contestabas en francés, mi lengua materna, la que aprendí en unas húmedas aulas en el norte de Líbano, donde guardo una herida que el tiempo y el perdón no han conseguido cerrar del todo.

A pesar de las dificultades del idioma, nos entendimos rápido: me proponíais participar en un proyecto que supondría que un joven palestino viniera cada semana a entrevistarme y recoger los elementos de la historia de mi vida para publicar un libro.

Me surgieron de inmediato muchísimas dudas: ¿Quién lo leería? ¿Cuál era el fin? Lo pensé rápidamente, pero tuve claras mis reticencias desde el principio.

Estaba preparada para afrontar el pasado, no se trataba de eso. Más bien, me sentía vulnerable al pensar en exponerme a que mis conocidos y allegados leyeran mis intimidades más profundas. Además, ¿a quién, en Palestina, le interesaría leer mi historia? Todos tienen recuerdos que enterrar. No hay biografía sin heridas.

Para formar parte de una iniciativa de este tipo, necesitaría tener un propósito. Siempre he tenido mi propia manera de hacer las cosas. Enseguida os hice una pro-

puesta diferente: «Quiero que compartáis mi historia en vuestro país, con los españoles y vuestros vecinos europeos». Que el mundo entero la conozca y les ayude a entender que ni yo ni mis hermanos palestinos hemos elegido la vida que nos ha tocado vivir. Que formar parte fortuita de este sangrante conflicto no nos convierte a todos en terroristas, como parecen dar a entender, por lo general, algunos medios de comunicación occidentales.

Desde ese día he debido repetírtelo más de cien veces, pero es que no quiero que olvidéis explicarlo bien.

He tenido la suerte de viajar y conocer todo lo maravilloso pero también lo peor de otros países, sus gentes y sus culturas. He vivido en mis carnes el racismo y los prejuicios. Mis viajes y estancias en Europa me llenan de recuerdos de felicidad y gratitud, pero también de experiencias amargas, fruto de la incomprensión y el desconocimiento.

Por eso os sugerí que, en lugar de escribir mi historia en árabe, lo hiciéramos en vuestro idioma. Espero que podáis compartirla con muchas personas, para que todos sepan que todos –árabes e israelíes y también musulmanes, judíos, drusos² y cristianos– somos hermanos.

² Minoría religiosa monoteísta presente en Líbano, Siria, Jordania e Israel.

Capítulo II

Muchos nombres, una sola vida

«Lo interesante es que pensé que, cambiando su nombre,
podría también cambiar su identidad,
que se convertiría en una persona distinta.

Pero Gogol es solo un nombre, ¿cierto?»,

Jhumpa Lahiri, *The Namesake*

Nací en Palestina, en 1946, apenas dos años antes de la «Naqba»³.

Dios tenía reservada una vida muy especial para mí, llena de momentos de alegría y gozo pero también de sombras profundas, sin duda marcada por aquella época turbulenta en que llegué al mundo. Al nacer, mis padres me pusieron de nombre Maryam, aunque más adelante decidí cambiarlo por Mary.

¿Por qué cambié mi nombre? Para simplificar, hacer las cosas fáciles, olvidar el pasado...

³ Si bien Myriam detesta hablar de política, se refiere a la partición del país en 1948 con el nombre otorgado por sus compatriotas palestinos y que significa «Tragedia» o «Catástrofe» en árabe, y lamenta profundamente el éxodo que siguió a la guerra contra Israel, cuando miles de palestinos se vieron forzados a abandonar sus hogares. Los refugiados palestinos son la comunidad que más tiempo ha permanecido en exilio en todo el mundo.

Hoy en día, si me preguntas, me presentaré como Mary o Marie, dependiendo del idioma en que hablemos, aunque siempre suelo explicar que mucha gente me sigue llamando Maryam (en árabe) o Myriam (en hebreo). Ojalá fuera tan sencillo olvidar.

No siempre ha sido así, pero hoy en día, superados muchos años de sufrimiento gracias al poder sanador del perdón, doy las gracias a Dios por la vida que me ha regalado. También a mi padre que, dándome en adopción, me regaló la oportunidad de vivir una vida distinta, una vida que me ha permitido conocer todo tipo de personas, de todos los países, creencias y religiones.

Aunque me eduqué en el cristianismo y aún hoy Dios es lo más importante en mi vida, en muchas ocasiones y en muchos sentidos han sido mis hermanos que profesan otras religiones a quienes he sentido más cerca.

Mi historia comienza en la ciudad de Belén, cuando mi padre, cristiano de Palestina, me entregó a la hermana Geneviève en la *crèche*⁴ regentada por las hermanas de San Vicente de Paúl.

⁴ Las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl atienden las necesidades de los pobres, enfermos, huérfanos y ancianos en todo el mundo. La sociedad fue fundada en Francia en 1633 y recibió la aprobación del papa Clemente XI en 1668, convirtiéndose en la primera sociedad de vida apostólica femenina de la Iglesia católica.

Según supe después, había sido un bebé con graves problemas de salud, problemas que me han acompañado durante toda mi vida. Al nacer tuve, además, un hermano mellizo que murió por dificultades similares a las que yo tenía.

Supongo que mi padre debió de culparme por la muerte de mi hermano varón, o por haber sobrevivido en su lugar –¿por qué, de lo contrario, se desharía de su propia hija?–. Más adelante sabría también que fui la cuarta de cinco hermanas, y que se vio incapaz de hacerse cargo de otra niña, además enferma.

Pero todas estas respuestas a preguntas que solo existían en mi cabeza no llegarían hasta mucho tiempo después, cuando conocí a mi madre en lo que fueron sus últimos años de vida.

Capítulo III

Serás un ángel

Crecí y fui educada en un colegio cristiano que acogía a 160 niñas sin recursos en Líbano, en Zouk Mikael, a muchos kilómetros de mi Palestina natal. Se trataba de una pequeña ciudad costera en el oeste del país, conocida por los artesanos de su zoco de la época en que Líbano se encontraba bajo la influencia del Imperio otomano.

Allí llegué con apenas dos años estando al cuidado de la hermana Geneviève, que me llevó con ella cuando fue enviada desde Palestina a aquel centro que también regentaban las hermanas. Ella me salvó la vida, acogiéndome como si fuera su hija adoptiva.

Tengo algunas memorias, muy borrosas, del paisaje libanés: sus montañas, la naturaleza... Pero lo cierto es que no tengo fotografías y apenas recuerdo ningún detalle de cómo era la ciudad de Zouk Mikael, ni sus calles, ni siquiera el colegio. La única certeza que tengo es que había una capilla muy bonita. También me vienen a la mente imágenes de la estatua de Nuestra Señora de Líbano, a lo lejos, en lo alto de la montaña:

enorme, majestuosa, blanca. Se podía ver desde el colegio y siempre sentí que me protegía, que cuidaba de mí como si fuera mi madre carnal. Como niña huérfana, sin duda tuve suerte de poder crecer allí, acogida por las hermanas en un entorno seguro.

Sin embargo, mi infancia y juventud en aquel centro no estuvieron exentas de sufrimiento. De hecho, desde que volví a Palestina, en el año 1966, nunca he vuelto a poner los pies en Líbano. No he querido revivir los años tan duros que pasé allí.

En Zouk Mikael crecí hablando árabe –un dialecto utilizado en Líbano, algo distinto del árabe que hoy en día uso para comunicarme con mis hermanos palestinos– y francés⁵. Las hermanas del centro eran libanesas y francesas y siempre fueron adorables conmigo. Les debo muchísimo, siempre les estaré agradecida. Pero, lamentablemente para mí, en el año 1958 llegó al colegio una nueva superiora francesa, de la zona de Bretaña. Recuerdo perfectamente a aquella mujer que marcó algunos de los episodios más crueles de mi vida.

Muchas de las niñas del centro tenían sus propios padres, aunque estos no pudieran hacerse cargo de ellas.

⁵ Líbano fue colonia francesa desde 1918 –tras la caída del Imperio otomano pasada la Primera Guerra Mundial– hasta 1943.

Algunas eran, como yo, huérfanas, pero la mayoría tenía algún familiar o referente cercano. En general, eran niñas de familias desestructuradas o con dificultades sociales, procedentes de comunidades cercanas a Zouk Mikael. Yo, al no tener a nadie y además ser extranjera –nada menos que de una Palestina azotada por el conflicto y la división, desde donde tantos miles de árabes como yo habían huido en busca de refugio–, era diferente. O al menos así me lo hacía ver aquella mujer. Ella me demostraba, con sus palabras y sus gestos, que yo no era como las demás. Aquello me enfadaba muchísimo, me hacía sentir distinta y sola.

Constantemente tenía encontronazos con la superiora, pues yo tenía desde pequeña mi carácter y no tenía miedo de ella, ¡desde tan temprana edad desarrollé el temperamento que hoy me caracteriza! No era rara la ocasión en la que me acusaba de robar. Recuerdo, asimismo, un día en que la Cruz Roja vino a la ciudad. Solían traer sal, azúcar y arroz para los refugiados palestinos. En aquella ocasión, la superiora me alentó a ir y decirles que era una niña perdida de Palestina para que me dieran alimentos. Fue muy hiriente –¿cómo podía decirme aquello una persona que había consagrado su vida a Dios?–. Llena de rabia, le dije: «Usted no es Hija de la Caridad, es la hija del diablo». Y, tras aquellas palabras, me marché de allí llorando.

Hubo otra ocasión en la que todas las alumnas salimos a la calle con banderas a recibir al presidente de Líbano –creo que en aquel momento era Fuad Chehab⁶–. En mi cabeza puedo ver las imágenes: El coche negro y al presidente dentro, la enorme masa de gente... Había muchísima expectación y todas estábamos contentas y nerviosas. La superiora vino hacia mí y me dijo, de nuevo, que le dijera al presidente que era una niña perdida, una refugiada palestina, para que me diera dinero. Lloré sin parar, sintiéndome insultada, y me marché de allí dejando libre mi lugar y perdiéndome la celebración.

Pero nuestro encuentro más tenso tuvo lugar en la clínica del colegio. Hasta entonces, yo ni siquiera sabía que existía dicha clínica en el centro, pues nunca había necesitado asistencia médica de ningún tipo. Aquella primera visita se debió, al parecer, a que me había caído desde lo más alto de las escaleras. No recuerdo qué edad tenía ni cómo fue, ni tampoco haber sentido absolutamente nada, ya que después de la caída me quedé inconsciente. De repente, me desperté en la clínica. La madre superiora había ido a verme y, llenándome de valor, le pregunté que por qué estaba en camión y en aquel lugar. Recuerdo atreverme a

⁶ Presidente de Líbano entre 1958 y 1964.

formularle aquellas preguntas a pesar de que, salvo durante nuestras discusiones, no solíamos entablar conversación. En su habitual tono frío, me respondió secamente: «Porque has intentado suicidarte». Me quedé confusa, alterada y enfadada. Ni siquiera sabía lo que significaba suicidarse. Ella me dijo: «Sí, lo has hecho a propósito, te has tirado por las escaleras para suicidarte».

Nunca olvidaré esa frase. Para mí es difícil explicar el daño que me hizo aquella mujer con sus hirientes palabras durante mi convalecencia, cuando yo me sentía especialmente vulnerable.

Aquella influencia marcó mi infancia y adolescencia. Fueron unos años francamente duros. Algunas de mis compañeras, siguiendo el ejemplo de la superiora, me excluían y me hacían sufrir profundamente. Me decían: «Sucia judía, sois vosotros quienes habéis matado a Cristo». También me llamaban «sucia musulmana», por ser yo palestina, aunque fuera cristiana como ellas.

Bien es cierto que en el centro había también niñas muy buenas y valientes, libanesas y también sirias. Aunque jamás tuve verdaderas amigas, en la escuela siempre hubo gente que cuidaba de mí, no solo las monjas sino también algunas de mis compañeras. Recuerdo a una chica siria que me llevaba con ella a casa de sus padres

cuando iba de visita. La hermana Geneviève también me llevaba a menudo a casa de sus padres, que trabajaban en la costa. Siempre conté con su apoyo y también con el de otra religiosa, la hermana Josef Schneifer. Ellas fueron una salvación para mí.

A menudo me refugiaba en la estatua de Nuestra Señora de Líbano, a la que veía desde las aulas y los dormitorios desde su posición en la montaña. Le preguntaba la razón por la que no me querían y por qué yo era diferente. En otra ocasión me desahugué con otra de las hermanas, que había sido superiora hasta la llegada de aquella mujer desde Bretaña en 1958, y le pregunté por qué su sucesora me hacía sufrir tanto, por qué me acusaba y me decía aquellas palabras, a lo cual me respondió: «Mi pequeña, no sufras. Más adelante, serás un ángel».

Capítulo IV

¿Quién soy?

«Quizá el enigma nunca sea revelado,
hagamos lo que hagamos para resolverlo»,

Ahmad Yamani

Durante mis años de escolarización, yo no sabía que tenía una familia, pero lo cierto era que la hermana Geneviève había conocido bien a mi padre. Cuando ella le preguntó, en el momento en el que él me entregó a la congregación, si querría volver a hacerse cargo de mí en caso de que mi salud mejorara, él le contestó negativamente, alegando que ya tenía muchos hijos. Lamentablemente, no todos sobrevivieron: dos de mis hermanas habían fallecido a muy temprana edad, al igual que mi hermano mellizo, también por problemas de salud. Así, nuestros padres perdieron a más de la mitad de la familia, quedándose solo con dos de sus hijas.

En todos aquellos años, efectivamente, yo no supe nada de aquello. Solo sabía que era de origen palestino y que había sido entregada en la *crèche* de Belén. También sabía que eso me hacía, a los ojos de la superiora

francesa, diferente a las demás, aunque no comprendía bien el porqué.

Tengo un recuerdo profundamente grabado en mi mente. Yo debía tener unos diez años. Un sacerdote libanés, cuyo nombre desconocía, vino a visitarnos y, en el patio del colegio, las niñas le rodeaban entusiasmadas. Cualquier acontecimiento en el colegio era motivo de atención, especialmente como en aquel caso, si se trataba de la visita de una figura de autoridad y, además, de alguien cuya vida se desarrollaba fuera de los muros del colegio. Las niñas pensaban que quizá pudiera darles algo más de información acerca de sus familiares.

Era un hombre alto, de cabello largo, vestido de negro. Varias de mis compañeras, a su alrededor, le preguntaban insistentemente: «*Abuna, abuna*⁷, ¿quién soy yo? ¿Dónde está mi familia?».

Yo me escondí detrás de ellas, al final del corro, para no llamar la atención. No quería preguntarle quién era yo. La mayoría de las niñas eran libanesas y algunas incluso tenían contacto con sus padres. Yo era extranjera, no era como ellas. Pensaba que no tenía a nadie, ¿cómo iba a preguntarle quién era yo?

⁷ Padre, en árabe.

El cura, apartando a las otras chicas, me cogió de la mano y me puso en el centro. Nunca olvidaré lo que me dijo: «Hija mía, tienes padres, no estás sola». Yo le pregunté: «¿Dónde están mis padres?». Él dijo: «Entre Líbano y Siria». Cuando le insistí para saber exactamente de dónde era, él me dijo que venía de Zababdeh⁸. Las pequeñas a mi alrededor empezaron a gritar, nerviosas: «¡Maryam es de mantequilla! ¡Maryam es de mantequilla!»⁹.

Después de aquello olvidé aquel incidente, pero más adelante pude saber que, efectivamente, nací en Zababdeh antes de que mi familia se mudara a Belén, donde seguían residiendo por aquel entonces. Siempre he reflexionado mucho sobre ese día: aquel sacerdote no me conocía, no podía saber quién era yo. Por eso creo que era un santo.

Lo mejor de aquellos años fue el amor de la hermana Geneviève. Ella nunca me abandonó. Me quería muchísimo y yo, por supuesto, a ella. Ella fue la familia que nunca tuve.

⁸ Zababdeh es una pequeña localidad palestina, de poco más de 3.000 habitantes, cercana a la ciudad de Jenine, actualmente situada en el norte de Cisjordania bajo autoridad palestina. La mayoría de sus habitantes son cristianos.

⁹ *Zabde* en árabe significa mantequilla.

La hermana Geneviève era una mujer bajita, de complexión media. Cuando me acogió ya había dejado atrás su juventud. Trabajaba en la cocina, era de origen libanés y tenía un hermano sacerdote, el hermano Paul. Él siempre me cogía en brazos y sabía que era la protegida de su hermana, aunque, como no podía ser de otro modo, también era encantador con todas las demás niñas.

Cuando la hermana volvía de sus visitas fuera del colegio, siempre traía bombones y golosinas para mí. Yo me los tenía que comer todos a la vez, aunque me hubiera gustado poder racionarlos. Ella me insistía en que no podía guardarlos para que no los vieran las demás niñas y sintieran envidia, ya que no había para todas. Me llevaba a un rincón, me los daba y me decía: «Come, come, deprisa».

Yo solía tener también jabón, cepillos de dientes y otros objetos que en aquel estoico entorno tenían mucho valor, ya que como no tenía familia ni ningún tipo de posesión, tanto la hermana Geneviève como Joseph Schneifer, entre otras personas, velaban porque no me faltara nunca nada.

Mis compañeras, que sabían que yo solía recibir este tipo de regalos, venían a pedirme algo cuando lo necesitaban. Yo nunca dudé en compartir con ellas todo lo que tenía. Entendía sus necesidades, las comprendía

porque yo tenía las mismas carencias. Creo que tenía compasión de las demás niñas porque me veía reflejada en ellas. Hoy en día, echando la vista atrás, sé que, si no hubiera sufrido tanto, no estaría tan cerca de mis hermanos, aquellos que sufren como yo. Al identificarme con ellos, puedo tener compasión.

Hubo un día muy agridulce que me marcaría profundamente: fue el día de mi primera comunión. Tenía ocho años y en el colegio hubo una gran celebración. Mis compañeras y yo llevábamos el mismo vestido blanco y una corona de flores en la cabeza. Todas las niñas que recibieron la comunión conmigo comieron con sus padres, familiares o conocidos en la escuela. Era un día de fiesta. Yo, como no tenía a nadie, no podía celebrar como las demás. Nadie me invitó a comer y me sentí terriblemente sola.

Una de mis compañeras, viéndome sin ninguna compañía, se acercó a mí y me entregó una muñeca sin cabeza. Era solo un cuerpo con manos y brazos colgando. Recuerdo bien decirle entre lágrimas que se la quedara, que no la quería. Me quedé de pie, llorando, sola.

Pero Dios es infinitamente bueno y siempre enviaba un ángel a cuidar de mí. Una de las hermanas (una monja belga, muy joven, llamada Françoise Corné de Paysan) me dijo: «Maryam, pequeña, ¿por qué lloras?».

Le respondí: «Porque no tengo padres, estoy sola». Cogíendome de la mano, la hermana me llevó con ella y estuve todo el día acompañándola en la farmacia del colegio, donde trabajaba. Aquello me llenó de alegría y no volví a llorar en todo el día; olvidé toda mi pena.

Aunque me sentía sola, estoy muy agradecida por todo el cariño que recibí.

Capítulo V

Viaje hacia mis orígenes

«Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti»,
Kavafis, *Viaje a Ítaca*

A lo largo de mi vida, en distintas ocasiones, sentí la llamada de Dios para ser religiosa en diferentes congregaciones. Pero la vida y el destino nunca me permitieron cumplir esta vocación. Hoy, le doy las gracias porque sé que Él tenía planes distintos para mí.

Cuando salí del colegio, a los veinte años –corría el año 1966–, quise entrar en las Clarisas. A pesar de mis

miedos iniciales, ingresé como postulante en su convento de Yarze, en Líbano, pero, a causa de mis problemas de salud, solo pude pasar nueve meses con ellas. Aunque apenas pude comenzar el noviciado, fui verdaderamente feliz aquellos meses.

Las jóvenes clarisas de Yarze venían de distintos países y eran adorables. Había hermanas canadienses, belgas, francesas, libanesas... Yo estaba encantada en aquel lugar y no le hablaba a nadie de mis problemas de salud, ni siquiera a la superiora. Pero la vida allí era demasiado dura para una persona enferma. Era necesario levantarse en mitad de la noche para asistir a las oraciones y las misas y trabajar durante largas jornadas. Me sentía increíblemente débil y, al mismo tiempo, quería quedarme.

Las hermanas, dándose cuenta de mi debilidad, me daban de comer carne, algo muy raro en un convento en Líbano en aquellos días. Pero mi salud no mejoraba. Viéndome incapaz de continuar y como no quería renunciar expresamente a mis votos, comencé una novena a la Virgen, en la que le rezaba: «María, estoy tan contenta en la comunidad que no quiero salir por mi propio pie, pero no soy capaz de seguir. Te pido que sea la superiora quien me diga que no puedo continuar con ellas».

Efectivamente, al noveno día, vino la superiora y me informó de que no podía quedarme allí, por recomendación del doctor. De un salto, exclamé: «¡Aleluya!». Ante su sorpresa por mi alegría, le expliqué cuáles eran mis preocupaciones. Así, acepté salir de la comunidad y las hermanas me organizaron una preciosa fiesta de despedida. Fue un adiós verdaderamente afectuoso.

Salí del convento con una tristeza y una alegría inmensas. Las hermanas me acompañaron de vuelta al colegio donde crecí, en Zouk Mikael.

La hermana Geneviève murió en el año 1967, cuando yo acababa de cumplir veintiún años. La pérdida de quien había sido una madre para mí marcó un antes y un después en mi vida en muchísimos sentidos.

El día de su muerte me fue encomendada la misión de hacer sonar las campanas de la iglesia. Estando su cuerpo todavía en la capilla, sin poder contener las lágrimas, me arrodillé junto a ella y recé, sabiendo que su alma estaba ya en el cielo. Le supliqué que intercediera por mí para que Dios me dejara volver a Belén, a mi Palestina natal (que entonces formaba parte de Jordania). Quería conocer el lugar donde había sido dada en adopción.

Al día siguiente, la madre superiora, dejando al margen nuestras diferencias y seguramente por su intercesión, me preguntó si querría visitar mi lugar de origen.

Una de las hermanas de San Vicente de Paúl tenía que trabajar en el hospital contiguo a la *crèche* –precisamente donde yo había sido entregada a la hermana Geneviève veintiún años antes– y yo podría acompañarla.

Así fue como volví, por primera vez en mi vida y como turista, a Palestina. Para ello, las hermanas me entregaron mi carnet de identidad libanés. Para llegar a Belén atravesamos en coche Líbano, Siria y Jordania, incluyendo la zona que hoy en día es Cisjordania¹⁰.

Aunque este fue probablemente el viaje más importante de mi vida, la realidad es que apenas recuerdo nada del trayecto. Ni siquiera sé si fuimos en taxi compartido o en nuestro propio coche. Supongo que, como es natural, estaría muy nerviosa. Ante mí se abría un mundo totalmente desconocido, si bien contaba con el apoyo logístico de la congregación de San Vicente de Paúl. No recuerdo tener en mi mente ninguna idea preconcebida de lo que me encontraría allí.

Lo que sucedió entonces fue un giro del destino que marcaría profundamente mi trayectoria futura. En principio, mi visado me permitía quedarme en

¹⁰ El conflicto entre Israel y las potencias árabes impide, aún hoy en día, cruzar la frontera entre este país y Líbano, por lo que para llegar de uno a otro es necesario atravesar Siria y pasar por Jordania, país con el que Israel firmó un tratado de paz en 1994.

Belén durante solo tres meses, como turista, al tener nacionalidad libanesa. Sin embargo, aunque no tenía planes de futuro a largo plazo, mi deseo era quedarme en Belén, pues tras la muerte de Geneviève no quería volver a Líbano ni revivir los recuerdos tan amargos de mi infancia allí. Por causalidades de la vida, aquel viaje tuvo lugar justo antes de la que llamaron la «guerra de los Seis Días»¹¹. Eso lo cambió todo. Mi vida ya no volvería a ser la de antes.

El conflicto enfrentó a Israel con las potencias árabes. Al finalizar la guerra (una guerra que, aunque dicen que duró seis días, en la práctica se sintió aún más corta), Belén dejó de ser parte de Jordania para pasar a ser territorio israelí. En el revuelo que siguió, no había autoridad que reclamara mi visado. El Gobierno israelí otorgó a todos los árabes una tarjeta de identidad azul –a la que seguiría la tarjeta naranja–, antes de la marcha de los israelíes. De modo que me quedé a vivir en Belén, como era mi deseo.

Lo que no podía saber entonces era que me quedaría aquí para siempre. Nunca volvería a dejar mi lugar de

¹¹ Durante la «guerra de los Seis Días» (1967), todo el territorio de la actual Cisjordania es ocupado por Israel. En 1995, con la firma de los Acuerdos de Oslo, toda la zona pasa a ser territorio autónomo administrado por la Autoridad Nacional Palestina.

origen más que de modo temporal. En ese sentido, puedo decir que aquella guerra marcó no solo el destino de mi país¹², sino también mi vida. Así fue como, a la edad de veintidós años, comenzaba en realidad mi vida: una vida larga y llena de dificultades, pero increíblemente bella.

La ciudad de Belén no es, en realidad, muy distinta de cualquier otra ciudad palestina. Los turistas y peregrinos se concentran en Manger Square, en la zona vieja de la ciudad, donde el muecín alterna su llamada con la de las campanas de las iglesias. Más allá de este decorado, la verdadera vida de Belén se desarrolla en sus bazares y sus polvorientas calles. En ellas abundan los pequeños negocios y los vendedores ambulantes ofrecen humeantes tazas de café turco a los viandantes, que avanzan hasta ellos esquivando el denso tráfico. Aquí me instalé en aquella época, y desde aquí redacto mis memorias mientras da comienzo la última etapa de mi vida.

¹² En la guerra de los Seis Días, Israel conquista la franja de Gaza y la península del Sinaí a Egipto, los Altos del Golán a Siria y Cisjordania (incluyendo Jerusalén Oriental) al reino de Jordania, aumentando considerablemente su territorio. Esta guerra ha tenido un fuerte impacto en la geopolítica de la región y la ocupación de dichos territorios se considera ilegal desde el punto de vista del derecho internacional, al tratarse de una guerra preventiva iniciada por el Gobierno de Israel.

A pesar del impacto que la guerra tuvo en mi destino, en lo que respecta al conflicto, solo puedo decir que apenas me di cuenta de lo que pasaba. Fue un abrir y cerrar de ojos. No recuerdo sentir miedo ni incertidumbre en absoluto pues, de un instante para otro, los israelíes habían ocupado la ciudad.

Cuando uno es joven no se detiene demasiado a reflexionar sobre el bien ni el mal ni en los detalles de los acontecimientos que ocurren a su alrededor, ni siquiera en aquel caso en que todo era tan nuevo para mí. Uno se limita a vivir la vida como le llega, conociendo nuevas personas y sin pensar apenas en el mañana. Así fue como viví yo aquel periodo, sin reflexionar ni sentir demasiado, sin hacer juicios ni sentirme víctima de cuanto acontecía a mi alrededor. Más bien al contrario, pues había podido quedarme en Belén, como era mi deseo.

Aunque era de origen palestino, nunca había visto a los israelíes como enemigos, y aún hoy les sigo considerando mis hermanos. Incluso los soldados israelíes son mis hermanos. Con algunos he llegado a tener una profunda amistad. Solo me interesa el contacto con las personas, no de dónde vienen o cuáles son sus creencias. Además, yo no sabía –como no sé ahora– nada sobre política ni sobre la guerra. Hasta

entonces, toda mi vida había pensado que los judíos eran «viejos con barba y pelo largo». En realidad, no tenía ni idea de quiénes eran, no podía imaginarme a los judíos como chicos y chicas jóvenes, tan parecidos en realidad a mí misma.

Capítulo VI

Una herida en la identidad

«Del sufrimiento han surgido las almas más fuertes.

Los personajes más grandes están cubiertos de

cicatrices»,

Jalil Gibrán

Cuando, tras un periodo de incertidumbre en el que vivía en el hospital francés, me instalé en Belén, empecé a trabajar en la *crèche*: el mismo lugar en que comenzaba mi historia y donde había sido entregada de pequeña por mi padre. Las hermanas de San Vicente de Paúl fueron siempre como mi familia, con la única excepción, claro está, de aquella superiora francesa que tan negativamente marcó mis primeros años de vida.

Allí permanecí al cuidado de las tareas del hogar donde vivían niños abandonados y con dificultades sociales y familiares, niños que nacieron y crecieron en las mismas circunstancias que yo había vivido tan solo un par de décadas antes.

Aquella fue la época en la que decidí cambiar mi nombre por Mary, en un intento de dejar de pensar con-

tinuamente en el pasado para aferrarme al presente, de aligerar mi vida. Esto también me permitía pasar algo desapercibida entre los extranjeros con los que trabajaba, pues no eran infrecuentes los episodios racistas. Aun así, mucha gente seguía y sigue llamándome por el nombre con el que me conocieron: Myriam o Maryam, dependiendo del lugar y el momento de nuestro encuentro. Me gusta mucho la versión en hebreo, tanto o más que la árabe, aunque sea esta última la que aparece en mi carnet de identidad.

Pasaría en aquel entorno los siguientes diez años de mi vida. Era un trabajo voluntario. No recibía un salario pero sí alimento, vestimenta y un techo. Afortunadamente, en aquella época hice amistades con jóvenes francesas que venían a Belén en peregrinación y visitaban la *crèche*. Ellas me apoyaban económicamente, haciendo posible que pudiera tener algo de dinero para gastos y desplazamientos.

Compartía las tareas en la *crèche* con una chica joven y su hermana. Unos cinco meses después de empezar a trabajar allí, la mayor de ellas, cuando pasaba por mi lado, me dijo: «Maryam, tu padre está en el hospital, está enfermo». Yo le respondí: «¿Qué padre? Yo soy libanesa, no tengo familia». Ella me dijo: «Alguien –no sé quién– me ha dicho al oído en voz baja: ve y dile a Maryam

que su padre está allí, y que está enfermo». Me dije que no perdía nada si iba hacia allí. Se refería al hospital francés, que no estaba lejos de la *crèche*.

Con retrospectiva, pienso que quizá fue la intercesión de un ángel, una Virgen, quién sabe..., pero aquella chica –más adelante supe que era una prima lejana mía– me guio hasta su lado, hasta la cama del hospital donde mi padre estaba tumbado.

No recuerdo bien qué enfermedad tenía, pero sé que fumaba mucho, quizá sufriera cáncer de pulmón, y por aquel entonces contaba con setenta y siete años.

Le reconocí enseguida. Sentí de inmediato que era cierto: aquel hombre convaleciente era mi padre. Yo era delgada, bajita, muy morena y exactamente igual a él. Mis hermanas, a quienes conocería más adelante, eran más guapas, más esbeltas, pero, en mi caso, nadie podía negar que yo era hija de aquel hombre. La impresión fue tan grande que tuve un sobresalto al verle.

Aquel fue mi primer y único encuentro con mi padre y, aunque él no me dijo una sola palabra, yo sí le transmití mi enfado. Le dije que jamás le llamaría «papá», pues me había hecho sufrir enormemente por su abandono. Sentía que me había tratado como a alguien insignificante y que por su culpa había sufrido tanto en mi vida y durante mis años de escolarización en Líbano.

El día de nuestro encuentro estaban con mi padre en el hospital mis tíos, primos y sobrinos –a quienes conocería un poco mejor en los años venideros–, así como mis hermanas Latifeh y Hafifa. Sentados a la entrada de su habitación, me decían: «Maryam, debes perdonar, somos cristianos y el perdón es uno de nuestros valores principales».

Pero entonces yo todavía no estaba preparada. Había sufrido demasiado. Tardaría muchos años en darme cuenta de la importancia del perdón y en poder asumir todo mi pasado.

Solo unos pocos días después de nuestro primer encuentro, mi padre fue trasladado a Jerusalén. Lo supe por la menor de mis dos hermanas, Hafifa, a quien pregunté dónde estaba «su» padre, pues jamás me referí a él en vida como mi padre. Ella me explicó que había sido trasladado, y que en aquel momento estaba ingresado en casa de las hermanas de San José.

Por mi trabajo en la *crèche* yo tenía muy buena relación con otros religiosos, y las hermanas de San José no eran ninguna excepción. Me puse en contacto con ellas para ir a verle, pues sentía la necesidad de hablarle de nuevo. Cuando les pregunté por mi padre, diciéndoles su nombre, las hermanas me dijeron –no lo olvidaré jamás– que estaba en la habitación 363. Subí las esca-

leras, pero cuando llegué, al verle en su habitación, me escondí.

Tenía tantas preguntas que hacerle: ¿Por qué me había abandonado impidiéndome crecer junto a mi madre y hermanas? ¿Qué hice para merecer ese destierro? ¿Se dio cuenta del impacto que esa decisión había tenido en mi vida, de que había crecido tan sola y sintiéndome tan distinta a mis compañeras?

Pero no pude. Sentía que algo me lo impedía. Aquella fue la última vez que le vi en mi vida, y aún pasarían muchos años antes de que pudiera perdonarle. Unos tres días más tarde, él moriría.

Hoy en día sé que todo el sufrimiento de aquella primera etapa de mi vida fue lo que más me pudo acercar a todas las personas con quienes he coincidido. Darme cuenta de ello me permitió, más adelante, reconciliarme con mi padre y darle las gracias por la vida que me regaló.

No obstante, si algo positivo saqué de este encuentro de manera inmediata, sin duda fue el conocer a mis hermanas, especialmente a mi hermana mayor, Latifeh. He de decir que mi relación con Hafifa, la menor de ellas, jamás fue tan cercana. De hecho, podría decirse que, a pesar de que después de conocernos nos visitábamos con frecuencia, jamás terminamos de entendernos bien.

Más adelante, me vería enzarzada en tristes discusiones con ella.

Pero mi relación con Latifeh fue distinta, muy distinta. Ella y yo establecimos un vínculo especial desde el mismo día en que nos conocimos, estando ella sentada al lado de nuestro padre en el hospital. En aquella ocasión, como es lógico, no pudimos profundizar en nuestra relación. Sin embargo, desde el principio sentí que Latifeh me acogía de inmediato, me reconoció como a su hermana desde el instante en que nos conocimos. Después nos haríamos grandes amigas.

Aunque –quizá influida por la vida que me ha tocado vivir– siempre he sido muy desprendida e independiente, la realidad es que enseguida quise mucho a Latifeh y también me sentí muy querida por ella.

Mi hermana trabajaba como señora de la limpieza en casa de una señora en Jerusalén. Se casó con cuarenta y dos años con un hombre sordomudo y no tuvieron descendencia. Era una mujer sencilla, solo algunos años mayor que yo. Siempre que iba a verla a su casa, lo cual ocurría a menudo, ella me acogía como si hubiéramos sido hermanas toda la vida. Lamentablemente, murió con tan solo cuarenta y siete años de un cáncer de estómago. Tenía un saco de agua en el vientre. Aquel fue un fuerte golpe para mí.

Unos años más tarde, yo pasaría la misma enfermedad, pero la vida quiso que, en mi caso y tras haber pasado distintas operaciones, el cáncer remitiera, y aunque sigo teniendo una salud frágil, continúo luchando.

Capítulo VII

Los propósitos de Dios

«Quand il me prend dans ses bras
Il me parle tout bas
Je vois la vie en rose
Il me dit des mots d'amour
Des mots de tous les jours
Et ça me fait quelque chose»,
Edith Piaf, *La Vie en Rose*

Todavía trabajaba en la *crèche* cuando conocí a Antonio. Debía de ser el año 1976, cuando yo tenía alrededor de treinta años.

Era cristiano, había venido desde Nápoles y vivía en Israel. Pero venía cada día al hospital de Belén, contiguo a la *crèche*, a visitar a su amigo, que estaba muy enfermo. En aquella época, mucha gente iba y venía del hospital, incluso los israelíes, con quienes nos entendíamos muy bien. No existía el muro que hoy nos divide y cruzábamos de Israel a Palestina como quien cambia de acera. Eran otros tiempos. Me encantaba ir a pasar el día de Belén a Jerusalén, en autobús, yo sola. Incluso iba a visitar algunos Kib-

butz¹³ y albergues para jóvenes israelíes y jamás nadie me preguntó quién era yo ni qué religión profesaba.

Antonio se paseaba por las instalaciones del hospital y siempre se paraba a saludarme y hablar conmigo –¡a mí me encantaban los chicos jóvenes y entablar amistades con los visitantes!–. Uno de esos días, sin preámbulos, me pidió que me casara con él. Ilusionada, hablé con la madre superiora y un sacerdote franciscano vino a celebrar nuestro compromiso con la comunidad de las hermanas de San Vicente de Paúl.

Durante nuestro noviazgo, viajamos juntos por Israel y él me enseñó a hablar italiano, lo cual me permite hoy en día comunicarme con los voluntarios y peregrinos que vienen a Belén. Él era muy bueno y atento conmigo, y yo estaba feliz.

Cuando llevábamos aproximadamente un año de noviazgo, Antonio organizó todo para que fuéramos juntos a Haifa, en Israel, a unas tres horas de viaje desde Belén, a visitar a un cura que él conocía. Allí nos

¹³ Un Kibbutz es una comunidad agrícola autosuficiente característica de la sociedad israelí, por lo general regida por una ideología socialista y sionista. Muy comunes en las décadas anteriores y las que siguieron a la proclamación del Estado de Israel, en la actualidad siguen existiendo, si bien desde el auge de la derecha política en el país su esencia se ha transformado considerablemente y en la actualidad muchos de sus servicios se han privatizado.

dirigimos para pedirle cita para casarnos el domingo siguiente. Pero el desenlace de aquel viaje resultaría ser muy distinto del que esperábamos.

Al llegar a Haifa, aquel sacerdote me dijo: «No te aconsejo que te cases con él, pues yo soy amigo de sus padres y ellos me lo han confiado porque tiene problemas con la justicia. Hace diez años que vive en Israel huyendo de la Policía italiana».

Horrorizada, le pedí a aquel hombre que me explicara exactamente qué había hecho mi prometido, pero me dijo que no podía contármelo, pues era un secreto de confesión. No obstante, me aseguró que la Policía seguía detrás de él. Eso me llenó de un profundo temor.

Al viernes siguiente, cuando Antonio vino a buscarme, como todas las semanas, al hospital, ni siquiera le saludé. Llevaba días atormentada, preguntándome cómo iba a hacer para dejarle. Tuve claro que era mi obligación romper aquella relación.

Había un joven por allí, cuya hija vivía con nosotros en la *crèche*. Le cogí por el brazo y le dije: «Presta atención: voy a simular que te doy la mano, que te acaricio, te voy a decir que te quiero. Necesito que finjamos estar enamorados porque tengo que dejar a mi prometido y no sé cómo». Él, preocupado, me respondió: «Pero qué

van a pensar de mí». A lo que yo respondí: «Tu pecado es mi pecado». Y, así, accedió a ayudarme.

Desde aquel día, no volví a saber nada más de mi prometido. Supongo que se marchó pensando que yo era una persona frívola, lo cual me duele mucho. Pero lo hice expresamente para demostrarle al cura que no sería infeliz con él durante el resto de mi vida.

Quizá él estaba arrepentido de lo que fuera que hubiese hecho, pero yo no podía hacer caso omiso de lo que se me había confiado. Había tenido una vida muy dura en mi infancia y no quería continuar por el mal camino en mi juventud.

Ni siquiera nos habíamos besado, ya que por aquel entonces yo pensaba que, si me besaba, me quedaría embarazada –¡qué ingenua era!–. Así que, durante un año de noviazgo, no nos dimos ni un solo beso.

¿Si me arrepiento? No, en absoluto. Estoy firmemente convencida de que hice lo correcto al no casarme con él. Dios me salvó de aquel destino que sin duda me habría hecho infeliz. De lo contrario, aquel sacerdote no me habría dicho aquello.

Con todo, aquel episodio fue muy triste para mí. Yo quería casarme, tener hijos, ser feliz como todo el mundo; no estar siempre entre las monjas sin poder ser monja, como hasta aquel momento.

Pero los propósitos de Dios suelen diferir de los nuestros. Quise ser religiosa y no lo permitió, igual que quise mucho a los hombres, pero no quiso que me casara. Es muy bonito, porque hizo un camino distinto para mí, y le agradezco haberme permitido ser así. Es lo que ha hecho posible que haya aprendido idiomas, conocido tanta gente distinta, de todas las creencias, religiones, países...

¿Quién sabe? Puede que mi marido me hubiera pegado, que no hubiera podido tener hijos... Me gusta pensar que Él me protegió.

Hoy en día, a veces, pienso en qué habrá sido de Antonio. Me gustaría saber dónde está, si se casó, si tuvo hijos..., pero luego, reflexionando, siempre llego a la conclusión de que no merece la pena remover el pasado.

Después de aquello, decidí no volver a tener una relación de pareja con ningún hombre, aunque he tenido muchos amigos y mucha libertad en mi relación con todas las personas, hombres y mujeres. Es el encuentro con los demás lo que más me interesa. Y, sin lugar a dudas, he tenido millones de relaciones maravillosas. Creo que es la manera que Dios ha tenido de recompensarme aquello que me faltó durante mi infancia.

Capítulo VIII

Los muros que nos separan

«¿Por qué hay gente que se cambia de país?
¿Qué la empuja a desarraigarse y dejar todo
lo que ha conocido por un desconocido
más allá del horizonte?
¿Qué le hace estar dispuesta a escalar semejante
Everest de formalidades
que le hace sentirse como un mendigo?
¿Por qué de repente se atreve a entrar en una jungla foránea
donde todo es nuevo, extraño y complicado?
La respuesta es la misma en todo el mundo:
La gente se cambia de país
con la esperanza de encontrar una vida mejor»,
Yann Martel, *La vida de Pi*

Cuando terminó mi relación con Antonio, alrededor del año 1978, fue cuando entré en contacto, por primera vez, con las hermanas de Emmanuel. Iba a menudo a verlas con los niños de la *crèche*. No recuerdo exactamente cómo fue la vez que nos conocimos, pero desde el primer día entablamos una relación preciosa que todavía continúa.

En contacto con las hermanas, sentí de nuevo la vocación de ser religiosa como ellas. Llena de inspiración y con el apoyo de la congregación, me mudé al monasterio: un lugar lleno de paz, en una casa de una sola planta, blanca, rodeada de silenciosos jardines. Allí viví con ellas durante dos años, pero, lamentablemente y por segunda vez, la enfermedad no me dejó proseguir mi noviciado.

La madre superiora, María, entonces, con muchísimo cariño, me puso en contacto con una comunidad carismática en Francia, la Comunidad de la Santa Cruz, aprovechando que mi lengua materna era el francés. Por aquel entonces ya finalizaba el año 1980.

En la comunidad trabajábamos todos juntos. Yo me ocupaba de las tareas del hogar, la cocina, la costura... Acogida por mis compañeros y en un entorno tremendamente enriquecedor, tuve experiencias preciosas. Incluso conocí en persona a santos y místicos como Robert Schultz, Marthe Robin o Jean Vannier.

Me sentía muy querida en aquel lugar, donde pasé nueve meses verdaderamente felices. Pero, un día, aquella felicidad se terminó bruscamente. Los años más duros de mi infancia, personificados en el rechazo manifestado por la superiora francesa hacia mí, volvieron a mi memoria de manera brutal por una discusión con uno de los sacerdotes de la comunidad.

Era un hombre a quien conocía bien, iba a menudo a escuchar misa con él el domingo, e incluso le acompañaba a visitar familias francesas sin recursos, con las que establecíamos una bonita relación. Como teníamos un trato muy estrecho y cercano, me chocó enormemente la forma en que, un día, vino hacia mí con un periódico en la mano, acusándome. Habían publicado una noticia sobre el asesinato del presidente egipcio Anwar el Sadat¹⁴. A raíz de aquel desastre, me acusó, diciéndome: «Vosotros, los palestinos, sois unos terroristas. Matáis a todo el mundo».

Me quedé en *shock*. Le respondí, abrumada: «¡Oh! Pero hace nueve meses que estoy en Francia, estoy feliz en esta comunidad, jamás he hecho daño a nadie, ¿por qué me hablas así?».

Aunque en poco tiempo se demostró que el presidente había sido asesinado por un grupo extremista egipcio debido a las tensiones que había provocado la firma del acuerdo de paz entre Egipto e Israel poco más de

¹⁴ Anwar el Sadat, predecesor de Hosni Mubarak, fue asesinado el 6 de octubre de 1981 por extremistas musulmanes. En 1978, El Sadat y el presidente israelí Menachem Begin recibían el Nobel de la Paz por sus esfuerzos en el mantenimiento de la paz entre ambas potencias, que no fueron bien recibidos en todos los sectores de población árabes.

un año antes, aquel hombre se apresuró a culpar a los palestinos del horrible crimen.

Yo no entiendo nada ni quiero entender nada de política. Jamás justificaré el asesinato de un ser humano –¿cómo podía acusarme aquel hombre, a quien yo tenía en tan grande estima, un hombre de Dios?–. Me dije que, si había racismo en aquel país y, sobre todo, en aquella comunidad, no me quedaría allí. Había ido a Francia en busca de Dios, a conocer familias y personas cercanas a Él; no toleraría aquel trato. Tremendamente dolida y decepcionada, volví repentinamente a Palestina.

Este rechazo me ha acompañado desde entonces, quizá por ser la sal vertida sobre una herida tan antigua. Sin duda, el hecho de haber vivido el racismo en mis propias carnes es uno de los motivos principales por los que hoy comparto mi historia. Más adelante volvería a probar suerte en Francia, pero tampoco en aquella ocasión hallé la paz allí. Comprobé de nuevo cuán infranqueables son, a veces, los muros invisibles que nos separan.

Fue alrededor de los años 1994 y 1996. Tras otro frustrado intento de ingresar en el convento de Emmanuel –aunque era algo mayor, seguía teniendo aquella vocación por ser religiosa pero, de nuevo, la salud me lo impidió–, la madre María me envió a Francia, a la

Comunidad del Pan de Vida, que se encontraba en Bollène, cerca de Aviñón. Mi permiso para permanecer en Francia dependía del cónsul de Israel en el país, que me permitió quedarme de manera indefinida, mostrando toda la generosidad posible.

En aquella ocasión también me fueron encargadas las tareas del hogar. Empecé haciéndome cargo de la cocina. Me gustaba aquel trabajo. Sin embargo, un día, quizá porque la persona que solía encargarse no estaba disponible, la responsable me puso al cuidado de los niños. Yo tenía mucha experiencia y los niños se me daban bien, pues había trabajado diez años en la *crèche*. Por discreción, nunca lo había comentado con ella, que comprobó muy satisfecha lo bien que lo hacía.

Después de aquello y tras verificar que también sabía coser, la encargada me confió esta labor y, al cabo de unas semanas, me hizo responsable de la coordinación de todas las tareas del hogar.

Cumpliendo aquel cometido, un día comprobé, después de que hubiéramos limpiado todo, que uno de los baños se había quedado sucio. Me dirigí a la persona que había limpiado aquel baño, una de mis compañeras de la comunidad, para pedirle que por favor lo dejara en orden, ya que yo era la responsable. Ella, ofendida, me dijo que cómo iba a ser yo la responsable si era árabe,

y me preguntó en un tono acusatorio que quién era yo y de dónde venía.

En ausencia de los responsables de la comunidad, que estaban de vacaciones, hice mis maletas y, sin previo aviso, me marché de allí. ¿Por qué me marché de nuevo, de manera repentina, sin previo aviso? La respuesta es sencilla y tajante: Detesto el racismo. Dios nos puso en esta tierra y nos dijo: «Amaos los unos a los otros». ¿Cómo pueden detestarme porque soy árabe, porque soy palestina? Todos somos iguales ante sus ojos. Aún hoy me revuelvo de rabia al recordarlo. Es un asunto que desde pequeña me ha perseguido, me turba como nada más lo puede hacer.

Paradójicamente, las personas que más daño me han hecho en mi vida, de quienes he recibido críticas y un trato irrespetuoso, han sido cristianas, como yo, mientras que siempre he vivido en paz entre personas que profesaban religiones diferentes a la mía.

Poco tiempo después, recibí una carta de una de las responsables diciéndome cuánto me echaba de menos, extrañándose de que me hubiera marchado sin avisar. Pero nunca le dije la razón de mi partida.

Tras marcharme de Francia por segunda vez, me quedé en Belén algunos años en casa de amigos y finalmente, en 1999, vine al hogar en el que resido desde hace die-

cinueve años. Gracias al generosísimo apoyo económico de Georges, que se encargó de mí hasta el día en que murió, puedo disponer de una habitación individual en este hogar. Soy verdaderamente feliz de vivir aquí. Las hermanas que regentan el hogar son unas santas y jamás critican a las personas.

Capítulo IX

Sobre el vínculo, el encuentro y la espera

«Tú no eliges a tu familia.

Ellos son un regalo de Dios para ti,
como tú lo eres para ellos»,

Desmond Tutu

Entre los años ochenta y mitad de los noventa, antes de mi segundo viaje a Francia, estuve trabajando en Ein Karem y después en Tabgha. En esta época tuve numerosos encuentros con personas muy importantes para mí, pero ninguna me marcó tanto como Georges, una de las personas que más impacto tuvo en mi vida y gracias a quien estoy a salvo hoy en día.

Nos conocimos cuando yo trabajaba en Ein Karem –un pequeño pueblo en la ladera occidental de Jerusalén– con las hermanas de San Vicente de Paúl. Aquella comunidad era maravillosa, me sentía muy estimada por las hermanas y los voluntarios –franceses, alemanes, italianos..., de todos los países–. La superiora de Ein Karem era de origen judío, pero se había convertido al

cristianismo. Ella sufría mucho, yo podía sentirlo por su ligera sonrisa, siempre triste. Pensé que intentaría decirle cada día, sonriendo, «Buenos días, madre», para mostrarle que la amaba. Hasta la tercera vez en que me dirigí a ella, cada vez que me acercaba, ella me preguntaba: «¿Quién eres?», a lo que yo respondía: «Soy Myriam, de Belén, y la quiero. No sé, siento que debo quererla...». Ella entonces se ponía muy contenta y, después de aquellos primeros encuentros, solía llamarme para que fuera a verla. De hecho, le pidió a una de las hermanas que me encargara la limpieza del hogar cada día para tenerme cerca y que pudiéramos charlar, ya que hasta entonces yo trabajaba en la *crèche*.

Se llamaba Mère Bernèse y, con el tiempo, nos hicimos grandes amigas. En una ocasión, por su cumpleaños, le regalé un bordado de un pájaro que yo misma había hecho y enmarcado. Otra de las hermanas, la hermana Joséphine, observó entonces que se me daba bien bordar y quiso aprovechar para encargarme esta labor. Al cabo de un tiempo y como apenas me pagaban, estando muy cansada y con los ojos doloridos de tanto bordar, me di cuenta de que había llegado el momento de cambiar de trabajo.

Tras comentar mi deseo con uno de los voluntarios, este me puso en contacto con el monasterio de los mon-

jes benedictinos de Tabgha¹⁵, en Tiberiades, a orillas del mar de Galilea, donde trabajaba Georges ocupándose de la electricidad, las reparaciones y todo tipo de trabajos técnicos. En aquella época ya nos conocíamos, ya que él traía la fruta tanto a Ein Karem como al hospital francés de Belén, por lo que habíamos coincidido muchas veces. Él fue quien le dijo al padre Vicente –que gestionaba el monasterio de Tabgha– que yo era árabe de Belén, y que hablaba bien francés, además de árabe e italiano, esperando que este aceptara que yo me trasladara con ellos. En el monasterio se empleaba a varias personas, pues Tabgha es un importante centro de peregrinaje y turismo. El padre Vicente aceptó y ambos vinieron a verme para trasladarme con ellos hasta allí. Así fue como comenzaba una relación mucho más estrecha entre Georges y yo. Él se ocupó de mí desde entonces y no me dejó nunca. Como yo, también había sentido una fuerte llamada y quiso ser cura, pero, por diferentes motivos, tampoco pudo. Compartíamos aquella vocación frustrada. Quizá en parte debido a eso, él siempre sintió que debía ocuparse de mí como si fuera su hija, y así lo hizo hasta el día de su muerte.

¹⁵ Tabgha está reconocido como el lugar donde ocurrió la multiplicación de los panes y los peces según el Evangelio de San Marcos en la tradición Cristiana. Pertenece a territorio Israelí desde la guerra de 1948.

Los sacerdotes de aquel hogar me pagaban un pequeño salario, unos ocho dólares al mes, para cubrir algunos gastos personales. No era mucho, pero para mí era normal, pues jamás había poseído nada. Además, me facilitaban una cama y manutención. Contaba con lo necesario. Georges siempre me solía acompañar a Afula, donde se encontraba la oficina de empleo más cercana, a cobrar este pequeño estipendio. La directora de la oficina, una israelí judía encantadora llamada Malka, siempre fue increíblemente amable conmigo, renovando mi permiso de estancia regularmente. Cada vez que íbamos a verla, me preparaba una taza de Nescafé, ya que sabía que a mí me encantaba. Aquella mujer me facilitó la vida enormemente, ya que como palestina habría podido tener problemas para residir en Israel si no hubiera sido por su enorme amabilidad. Si pudiera saber dónde se encuentra hoy en día para darle un abrazo de agradecimiento, iría sin dudarlo.

Así, en la compañía de Georges y de los visitantes y peregrinos que acudían al centro, llegó el año 1992. Yo aún trabajaba en Tabgha. Ese fue el año en que conocí, por fin, a mi verdadera madre. Habían pasado veinticinco años desde la muerte de mi padre.

Finalmente, mi hermana Hafifa me la presentó. En una de sus visitas a Tabgha, donde venía a menudo a

verme con sus cinco hijos varones, sencillamente me propuso ir a conocer a mi madre, que vivía con ella. Para aquel entonces yo ya estaba preparada para dar ese paso. A pesar de que mi relación con Hafifa nunca fue tan buena como con Latifeh, curiosamente fue ella quien me presentó a la persona que me dio la vida.

Tras tomar la difícil decisión de enfrentarme a aquel fantasma del pasado, Hafifa y yo nos desplazamos juntas a Zababdeh, cerca de Samaria, el lugar de mi nacimiento y donde ella aún residía con nuestra madre.

La primera vez que la vi, mi madre vestía un traje gris y era ya muy mayor. Su cabello era blanco y lamentablemente, con los años, se había quedado ciega. Pero, al conocerla, supe que no puso en duda que yo era su hija. Ella, sin duda, podía verme con los ojos del alma, aunque ya no pudiera reconocerme físicamente. Probablemente el vínculo con un hijo o padre biológico sea tan fuerte que no se puede negar, aun después de décadas de separación, y por eso me reconoció enseguida, al igual que lo había hecho yo con mi padre tantos años atrás.

Mi madre y yo hablamos, desde aquel primer encuentro, de mi adopción. Yo no dudé en preguntarle por los motivos por los que me habían abandonado, pero en aquel primer encuentro ya me reveló que ella

jamás había querido desprenderse de mí. Fue mi padre quien me arrancó de sus brazos.

Ella, según me contó, solía hacerme quemaduras en el vientre con unas pequeñas monedas de hierro antiguas que calentaba al fuego, siguiendo una tradición árabe, en un intento de mejorar mi frágil salud –se trata de seis cicatrices que aún hoy en día puedo mostrar–. En aquellas ocasiones, ella me sentaba sobre sus rodillas para hacerme estas curas. Un día que, a causa de las quemaduras, yo no paraba de llorar y gritar, mi padre, en un arrebato, me arrancó de su regazo. Mi madre nunca más volvió a verme. Años después, supo que yo estaba en Líbano, pero en aquella época me buscó sin parar sin conseguir encontrarme. No puedo imaginarme el desgarró que sentiría mi madre al verse separada de su propia hija, todavía un bebé.

Gracias a aquel encuentro, pude darme cuenta de que ella jamás fue culpable de mi abandono, de que también guardaba un profundo pesar dentro de sí misma a causa de nuestra separación. Aunque no vi lágrimas en sus ojos, ya impedidos, estoy segura de que lloraba por dentro, de corazón.

Mi madre se alegró mucho de conocerme, pero siempre que estábamos juntas, mi sobrino –el hijo de Hafifa, un joven que en aquella época debía de tener unos

dieciocho años– nos acompañaba, por lo que apenas teníamos privacidad. Tuvimos una bonita relación durante los pocos años que pasaron desde entonces hasta su muerte, pero jamás le pregunté cómo se llamaba, igual que desconozco cuál era el nombre de mi padre. Solo me importaba tener contacto con ella, no su nombre. No quería guardar ese recuerdo.

Cuando mi madre me pidió ayuda para operarse los ojos y recuperar la vista, vi la ocasión de ocuparme de ella y ofrecerle mi cariño. Era una bonita oportunidad y no dudé en pedir ayuda a las hermanas de San Vicente de Paúl en Nazaret –la hermana Bernarde y la hermana Marie Paul, que trabajaban en el hospital francés ocupándose de personas ancianas– para tramitar los apoyos necesarios para que fuera operada. Enseguida recibí el consentimiento para que mi madre fuera tratada sin cargo en el hospital.

Así fue como comenzó una de mis más agrias discusiones con Hafifa. Cuando le propuse a mi hermana que me dejara la llave de la casa para poder ocuparme de nuestra madre y llevarla a Nazaret para operarse, lo aceptó sin reparo. Sin embargo, cuando llegué a su hogar, se negó y me acusó de querer robarle la casa. Tenía miedo de que quisiera reclamar sus posesiones como hermana suya, a pesar de que eso no hubiera sido posible, pues

yo tenía un apellido distinto, el apellido árabe que me dio la hermana Geneviève cuando le fui entregada en adopción: Yaacoub.

Esta situación me enfadó tantísimo que me fui de allí sin despedirme siquiera de mi madre. No quería verme envuelta en los entresijos de aquella familia con la que, a fin de cuentas, no me había criado. Pero un día, estando de vuelta en Tabgha, tuve un sueño en que mi madre me decía, en árabe: «Hija, te he esperado y no has venido». Apenas haría un mes del incidente con mi hermana, y aquel sueño me hizo cambiar de opinión. Entonces le pedí a Georges –que me había acompañado a menudo a visitar a mi madre en Zababdeh y solía llevarle algo de dinero– que me llevara de nuevo hasta ella. Cuál fue mi sorpresa cuando, al decirle buenos días desde la puerta de entrada a su casa, ella me respondió las mismas palabras que yo había oído en mi sueño: «Hija, te he esperado y no has venido».

Retomamos, así, nuestra relación, aunque nunca más volvimos a hablar de la operación.

Capítulo X

Más allá del miedo

«El perdón es un atributo de los fuertes»,
Gandhi

Si bien el sufrimiento al que estuve expuesta durante mis primeros años de vida ha sido lo que más me ha acercado a mis hermanos que sufren como yo y me ha enseñado a defender siempre a los oprimidos, es cierto que un pasado como el mío supone una profunda cicatriz y una dura carga de soportar.

El pasado, incluso después de más de cuarenta años, vuelve con frecuencia y me golpea, me hace revivir momentos muy difíciles, sentirme atacada y sacar mi lado más agresivo. Cuando eso ocurre, soy capaz de perder los papeles, tirar cosas por el suelo, decir palabras hirientes. Es una locura. Tengo el carácter de un perro salvaje.

Pero también tengo un corazón de oro; eso también lo sé. Aunque a menudo me poseen los nervios de esta manera repentina, odio hacer daño a las personas, por lo que, cuando eso ocurre, aunque sea con alguien más joven que yo, me arrodillo para pedir perdón, acusarme

si he sido dura con esa persona y darle un beso. Todo esto forma parte del camino que me ha tocado recorrer.

Si hoy en día puedo vivir en paz con esta situación, es sin duda gracias a que conseguí encontrar lugar para el perdón. Esto no significa, ni mucho menos, que haya conseguido olvidar el pasado. Mis duras memorias me acompañarán toda la vida y son parte de quien soy hoy. No creo, por tanto, que sea posible olvidar el pasado, pero sí que es posible perdonar.

Uno de mis mayores retos fue encontrar un lugar dentro de mí que me permitiera perdonar a mi padre por abandonarme. Cuando, finalmente, conseguí reconciliarme con él, ya no estaba en este mundo. Finalmente, tras muchos años guardando un torrente de rencor, me di cuenta de que, dándome en adopción, él me había permitido convertirme en quien soy hoy en día. Que mi sufrimiento me había acercado a los demás, algo que tengo muy presente en esta etapa de mi vida en que comparto techo con mujeres ancianas y enfermas. Así, puedo rechazar el sufrimiento de mi infancia a través del bien de mi presente. Por eso, le doy las gracias a mi padre, hoy en día, que ya soy vieja. Pero cuando era niña no era capaz de verlo así.

Una de las personas que más influencia tuvo en mi cambio de ver las cosas fue el padre Robert Schultz, un

sacerdote alemán a quien conocí durante mi primera estancia en Francia. En esa época ya hacía más de seis años que había abandonado el colegio y ya había tenido el primer y único encuentro con mi padre. Sin embargo, el rencor todavía me carcomía y no era capaz de encontrar lugar para el perdón. Con un grupo de amigos de la comunidad con la que convivía, hicimos una escapada de unos días al monasterio donde él vivía. Yo tenía un gran deseo de conocer en persona a este sacerdote protestante, pues había leído mucho sobre él en los libros que tenían las hermanas de Emmanuel en su convento en Palestina. No podía pensar en otra cosa durante la celebración de la misa, pero no sabía qué aspecto tenía: si era joven, mayor... Aquel día había dos sacerdotes celebrando la eucaristía. Cuando la ceremonia terminó, el más joven se marchó y el mayor se quedó arrodillado, por lo que me acerqué a él para preguntarle si podía conocer al padre Schultz. Ante mi sorpresa, me dijo que... ¡era él!

Atendiendo mi petición, el padre Schultz me llevó a un rincón apartado, donde le dije que quería abrirle mi corazón, compartir con él mis problemas para perdonar debido al sufrimiento que aún guardaba dentro de mí. Él rezó, puso sus manos sobre mi cabeza y me dijo: «No te preocupes, Myriam. En el futuro, serás la reconciliación y el perdón».

Si bien aquella profecía que él me regaló no se cumplió de inmediato, me lo tomé muy en serio y trabajé mucho este aspecto de mí misma para conseguir lo que quería, para convertirme en la persona que quería llegar a ser. Pasaron casi treinta años, pero hace ya casi diez que, finalmente y no con poco esfuerzo, encontré la serenidad que tanto ansiaba. Si bien mi temperamento y nerviosismo no han cambiado, sí lo ha hecho mi disposición para perdonar y pedir perdón con facilidad. Esto me ha transformado profundamente, me ha vuelto una persona mucho más feliz y sonriente, menos centrada en sí misma.

Sin embargo, hay una espina que sigo guardando. Aún hoy me cuesta perdonar a una persona: aquella superiora francesa que tiñó de amargura mi infancia. En una de las ocasiones en que sentí la vocación de ser monja, como ella, le escribí una carta buscando una explicación a su manera de comportarse conmigo, ya que me di cuenta de que mis problemas de salud y mi incapacidad para realizar mis votos religiosos estaban motivados por el odio que guardaba dentro de mí a causa de todo lo que ella me había hecho sufrir. Fue durante mi intento de hacer el noviciado con las hermanas de Emmanuel, y este rencor me afectaba incluso a la hora de relacionarme con la superiora francesa, que

me recordaba a ella, aunque tuviera una personalidad totalmente diferente y fuera muy dulce conmigo. Fue precisamente ella quien me animó, de hecho, a enviarle aquella carta, y también quien la envió personalmente.

Cuando recibí su respuesta –ella se encontraba en misión en Irak–, me quedé fría. En su carta me decía que, aunque se acordaba de mí, no recordaba haberme hecho sufrir pero que, en cualquier caso, me pedía perdón. Estas palabras, con franqueza, no fueron un consuelo para mí. ¿Cómo podría haber olvidado ella la manera en que marcó la etapa más vulnerable de mi vida? ¿Cómo podría yo borrarlo de mi memoria con solo unas líneas que mostraban tan poco sentimiento?

Esta mañana, precisamente, estuve pensando en ella. Me pregunto si podría mirarla a la cara si me la encontrara, cuando muera, en esa otra vida que los cristianos llamamos *cielo* –¿seré capaz hablar con ella?–. No sé qué tendrá reservado Dios para mí. Espero poder perdonarla y encontrar, por fin, la paz.

Los complicados momentos a los que me expuso la vida acentuaron, quizá, mi ya de por sí delicada salud, lo cual ha supuesto que a lo largo de los años me haya enfrentado a numerosas operaciones. En el año 2005, por ejemplo, tuvieron que operarme en Nazaret, en el hospital francés en el que trabajaban las hermanas de

San Vicente de Paúl. En aquella ocasión soñé con la hermana Geneviève. Desperté de aquella operación por una especie de milagro, ya que, médicamente, parece que perdí la vida durante la intervención. De hecho, todo estaba organizado para trasladar mi cuerpo a Belén. Como no había nadie cercano a mí en Nazaret que pudiera realizar los trámites y permisos para aquel desplazamiento, los médicos preguntaron a la Policía israelí si podían utilizar la ambulancia para trasladarme a Palestina. La policía se apiadó y dio permiso para que transportaran mi cuerpo, pero cuando me estaban metiendo en la ambulancia, al parecer, moví la cabeza. No había sentido nada en todo ese tiempo en que se supone que estaba muerta; en realidad, estuve inconsciente. Después de aquel día, recibí muchas visitas y regalos. Todos venían a ver a la «muerta».

Aunque estos duros episodios y mi mala salud han sido una constante en mi vida, tengo la certeza de que Dios no abandona nunca a los huérfanos. Acoge a aquellos que tienen confianza en Él.

Capítulo XI

Hijos de un mismo Dios

«No hay muerto que no me duela,
no hay un bando ganador,
no hay nada más que dolor
y otra vida que se vuela.

La guerra es muy mala escuela,
no importa el disfraz que viste,
perdonen que no me aliste
bajo ninguna bandera.

Vale más cualquier quimera
que un trozo de tela triste»,

Jorge Drexler, «Yo soy un moro judío»

Volviendo la vista atrás, nunca entenderé la antipatía tan extraordinaria que sentía la superiora francesa de la orden de San Vicente de Paúl, en Líbano, hacia mí. Con el tiempo y tras haber vivido experiencias similares, descubrí que muchos europeos sienten rechazo por los palestinos, los árabes, como yo. Cuando las personas no te conocen ni saben quién eres, a veces pueden pensar que eres terrorista porque es lo que escuchan en las noticias.

Pero yo, en lo más profundo de mi corazón, quiero a todos mis hermanos, especialmente a los israelíes. He convivido con ellos durante muchísimos años y he vivido en la intimidad y sido profundamente feliz con el pueblo judío, el pueblo musulmán, el pueblo druso... Finalmente, todos somos iguales y tenemos más cosas en común que aquello que nos separa.

Lo más valioso que he recibido en toda mi vida ha sido la posibilidad de tener encuentros y amistades con mis hermanos de todos los caminos y todas las creencias. Gracias a ellos he podido viajar por Israel, Palestina y el extranjero. Viajar me hace profundamente feliz. Lo hice sola y también con amigas y amigos que me acompañaban y me apoyaban económicamente con una inmensa generosidad. Fui francamente afortunada.

Algunos de estos encuentros tuvieron un impacto importante en mi vida.

Quizá una de las épocas más ricas para mí en este sentido fue la que pasé trabajando en el monasterio de Tabgha. Recibíamos diariamente a grupos de todas las nacionalidades y religiones que venían a visitar el monasterio, la iglesia de la Multiplicación de los Panes y los Peces y todos los lugares destacados, desde un punto de vista religioso e histórico, de la zona. Era un importante centro de peregrinaje. Yo trabajaba en el jardín y, un día,

una de las chicas que pasó por allí se detuvo a charlar un rato y me preguntó de dónde era. Cuando le dije que era de Belén, siendo ella israelí y judía, se asustó y se marchó corriendo. Contrariada, fui detrás de ella, le cogí la mano y le dije: «No tengas miedo, puedes seguir hablando conmigo». Entonces pudimos continuar nuestra conversación y ella me aseguró que no tenía miedo. No debemos tener miedo. Mirémonos a los ojos: somos distintos, pero al mismo tiempo iguales. Al igual que en nuestra mano, cada dedo es diferente siendo igual. Todos somos iguales a los ojos de Dios, todos somos sus hijos. Hasta el día de hoy recuerdo esta historia. La joven finalmente se marchó de allí serena y contenta.

Este bonito momento no fue, ni mucho menos, una excepción en mis relaciones con los israelíes.

En aquellos días, a menudo íbamos a Tsafed, una pequeña ciudad en la montaña, para descansar y tomar el aire. Se trata de una de las ciudades santas del judaísmo y es un lugar muy bonito, con pocos habitantes y muy tranquilo. Como de costumbre, en aquellas escapadas yo llevaba mi biblia conmigo. Una de aquellas veces, dos jóvenes judíos se acercaron a mí. Con amabilidad, me dijeron que habían comprobado que estaba leyendo la Biblia y que les gustaría saber qué estaba leyendo exactamente, ya que les interesaba profundizar en la vida de

Jesús. No tuve miedo y les expliqué que estaba leyendo el Evangelio de San Mateo. Aunque mi hebreo no era demasiado bueno, en aquella ocasión me sorprendí a mí misma porque pude hablar fluidamente y conversar con ellos durante más de hora y media sin problema. Comentamos el Evangelio de San Mateo: La vida de Jesús, cómo vivió, qué había hecho... Hablamos sobre cómo, en la tradición judía, Isaías habla del «siervo sufriente», que se corresponde para nosotros, los cristianos, con la figura de Jesucristo. Les dije que era cierto, esta figura aparece en el capítulo 53 del Antiguo Testamento. Les mostré el capítulo y lo comentamos y me preguntaron muchísimas cosas. Cuando ya avanzaba la tarde, tuve que decirles que debía marcharme para preparar la cena en Tabgha. Apenados, me preguntaron si volvería al día siguiente, o el próximo fin de semana. Yo tenía unas jornadas muy cambiantes y me vi obligada a decirles que no podía hacer planes para el futuro, pero quedamos en saludarnos si algún otro día nuestros caminos llegaban a cruzarse. Fue una tarde única, de encuentro entre dos creencias con tantas cosas en común, y todos quedamos muy agradecidos de nuestra conversación.

Este tipo de intercambios fue, sin duda, lo que más me faltó durante mis años de escolarización en Líbano. Tenía verdadera necesidad de respirar, de poder hablar

con los demás, de entablar conversaciones más allá de los muros del colegio. El contacto humano me hacía muchísima falta. Hoy en día, sin embargo, tengo la suerte de poder fraguar estrechas relaciones con los demás, sin importar su origen o creencia.

Siento que, de algún modo, quizá Dios me ha dado una vida así de bella para reparar todo lo que me faltó durante mi niñez y adolescencia. Una vida que me ha hecho crecer como persona gracias a los encuentros y hermanamientos con gentes de lo más diverso, en esta encrucijada de caminos entre Oriente y Occidente que ha sido bautizada con más nombres de los que puedo recordar y que los cristianos llamamos Tierra Santa.

Quisiera poder compartir este mensaje con el mundo entero: todos somos hijos de un mismo Dios, independientemente del nombre que usemos para referirnos a él.

A mi edad, me queda menos camino por recorrer que el que puedo observar volviendo la vista atrás. Esta es mi historia. Quisiera poder decir que vi con mis propios ojos cómo caían los muros, los gruesos, impenetrables muros que hemos levantado entre nosotros. Quién sabe. No sería el primer milagro que ocurre en mi vida.

Epílogo

Hay personas que, a su paso, tiñen todo de una luz diferente, nos enseñan a ser mejores personas y nos contagian su pasión y saber hacer. Formando parte de Tu Historia De Verdad Importa y escribiendo la biografía de Mary, no paro de asombrarme cada día al pensar en cuántas de esas personas tengo la fortuna de tener a mi alrededor, no siempre físicamente, pero sí irremediabilmente presentes. Si tuviera que demostrar mi agradecimiento con gestos o hechos, no sabría cómo ni por dónde empezar.

No me cabe duda de que el secreto de este proyecto es el equipo inigualable de seres humanos que lo pensaron y convirtieron en realidad. Nunca podré agradecer lo suficiente a María el darme esta oportunidad única, que se ha convertido en uno de los motores de mi vida. Creo que no hay nadie como tú para haber dado esencia a algo tan especial. Tenerte cada día como ejemplo a seguir es uno de los mayores privilegios que he tenido nunca. También te debo a ti el poder ser hoy un poco parte de la increíble familia de Fundación SM. Javier, Paula, Teresa, los dos últimos años remando a vuestro

lado han estado llenos a rebosar de alegría, ilusión compartida y mucho, muchísimo aprendizaje del que de verdad importa.

En realidad, este libro iba a escribirlo un voluntario palestino. Pero fui rápida y cuando vi la posibilidad de reclamar el privilegio, no dejé escapar la ocasión. Algo cambia para siempre, por dentro, cuando uno pisa por primera vez Palestina. Por lo menos, así ha sido para mí y todos con los que tengo la fortuna de compartir este viaje. Gracias, Pepe, por haberme hecho uno de los mayores regalos de mi vida invitándome a formar parte de Youth, Wake Up! También por haber hecho las veces de hermano mayor a ratos, ser fuente inagotable de inspiración y familia de la que no solo toca en la lotería, sino que también se elige.

Pepe me presentó a Myriam una tarde de agosto en Belén. Terminando las últimas líneas de este manuscrito un frío febrero en Madrid, me impresiona echar la vista atrás y comprobar todo lo que ha pasado en estos meses. La vida de Myriam, como ella misma dice, ha sido y es tan dura como bella. La reflexión y el balance que ella hace de todos los baches vividos son una auténtica lección de humildad para todos los que hemos podido compartir una pequeña parte de este recorrido con ella. Escribir su biografía ha supuesto también un enorme

esfuerzo por intentar empezar a comprender un complejo conflicto, una lección de amor y perdón y una aventura incomparable.

Gracias, Myriam, por tu generosidad sin límites a la hora de compartir todos tus sentimientos conmigo. Juntas, hemos pasado momentos preciosos y también algunos difíciles, recopilando las luces pero también los momentos más sombríos de tu infancia y juventud. Si existe la «vergüenza ajena», debe también existir lo que decidiré acuñar como «orgullo ajeno». Es lo que siento cuando pienso en la manera en que te has enfrentado al mundo, en cómo has jugado las cartas que te fueron entregadas de manera tan aleatoria en este juego que es la vida y, sobre todo, en las profundas conclusiones que has sido capaz de forjar a través de enormes esfuerzos de reflexión y trabajo personal.

Quisiera guardar este momento para siempre en mi débil memoria y no olvidar nunca todo lo que he aprendido de ti. Poder convertirme, el día de mañana, en una mujer como lo eres tú: enérgica, alegre e inquieta a pesar del devenir del tiempo y los arañazos de la vida. Se lo debo a ese Dios que las dos creemos es padre y madre de todos, sin nombres propios, que ha querido ponerte en mi camino. Prometo poner todo de mi parte para estar a la altura del privilegio que me ha otorgado permitiéndome narrar tu historia.

Imágenes



Junto a mí, Georges y el responsable de voluntarios de Tabgha, el padre Yohanes. Abajo, de izquierda a derecha: los padres benedictinos Vincent, Edward y Jeronimus. Con ellos, Hella y Lisa, voluntarias, y Ulla, responsable junto a Yohanes.



Con Georges en Tabgha, Tiberiades, 1985. Él nunca me abandonó. Los mejores años de mi vida los pasé en Tabgha.



En Ein Karem con Dafna, mi amiga Danielle y su marido, el pastor Mikael. Lo que más valoro en mi vida es haber tenido la oportunidad de encontrarme con personas de todo tipo.



Con Joseph Schneifer, la hermana libanesa que siempre fue tan cariñosa conmigo en mi niñez. Recé por volver a verla antes de morir y nos reencontramos por casualidad en Nazaret.



De novicia en el monasterio de Emmanuel en Belén, 1996.



Con una voluntaria de Tabgha y su bebé, en Jerusalén.



Con el padre Jean Vannier, fundador de El Arca, en marzo de 2009. Vino a visitar a las hermanas benedictinas de Emmanuel.

Índice

Un proyecto que une generaciones	3
Tu Historia De Verdad Importa	5
Cada persona es una historia viva que construye nuestra historia	7
<i>Hijos de un mismo Dios</i>	9
Introducción.....	13
Por qué comparto la historia de mi vida	18
Muchos nombres, una sola vida	22
Serás un ángel	25
¿Quién soy?	31
Viaje hacia mis orígenes	37
Una herida en la identidad	45
Los propósitos de Dios	52
Los muros que nos separan	57

Sobre el vínculo, el encuentro y la espera	64
Más allá del miedo	72
Hijos de un mismo Dios.....	78
Epílogo.....	83
Imágenes.....	86

Coordinación de la colección: Teresa Tellechea Mora

Edición: Charo Ortuño

Maquetación: Lucía Santos Rodríguez

© Fundación Lo Que De Verdad Importa, 2019

Edición no venal

La Fundación SM ha costeado la edición e impresión de este libro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Esta es la historia de una mujer que cambió su nombre intentando olvidar el pasado. Su biografía recupera recuerdos de una infancia en Líbano y un peregrinaje a la Tierra Santa en medio de un sangrante conflicto. Condenada a ser protagonista de un cruel contexto familiar, social y político, Myriam encontró la salvación a través del perdón y un inquebrantable amor hacia el ser humano.

Hoy, en agradecimiento a la vida que le ha sido regalada, comparte sus memorias, que dedica a sus hermanos musulmanes, judíos, drusos y cristianos; hijos de un mismo Dios. El resultado es el legado que ella ha querido compartir con el mundo, un manifiesto en defensa de la igualdad entre todas las personas, el entendimiento, la tolerancia, la paz y el perdón.

Un proyecto de:



En alianza con:



fundación sm

Youth! Wake-Up!